

## VLADIMIR VERTLIB



VLADIMIR VERTLIB nació en 1966 en Leningrado (la actual San Petersburgo), en pleno apogeo de la URSS. En 1971 emigró con su familia a Israel, dando comienzo a una década de exilio, durante la que vivieron sucesivamente en Italia, los Países Bajos e incluso Estados Unidos, de donde fueron deportados. En 1981 se instalaron definitivamente en Austria. Vertlib se licenció en Economía en la Universidad de Viena y comenzó su trayectoria profesional como redactor para diferentes periódicos y revistas. Sus novelas han sido traducidas al ruso, al checo, al esloveno, al italiano y ahora al español, y poseen una alta carga autobiográfica, pues utiliza su propia experiencia para tratar temas como la identidad, el hogar, el judaísmo y la experiencia de ser migrante, capturando la historia colectiva de los judíos rusos en el siglo xx a través de la peripecia de personajes individuales. Es autor de cerca de una quincena de novelas, entre las que destaca *La particular memoria de Rosa Masur*, ganadora en 2001 del Premio Adelbert von Chamisso y del Premio Anton Wildgans.



Er an los últimos días de junio cuando Naúm recibió la orden de llamamiento a filas. Rapado y embutido en el uniforme, permanecía sentado en el salón. Nuestro gato Murka ronroneaba hecho un ovillo en su regazo, mientras por los altavoces de la calle tronaba música de marcha. Las mujeres de todo el edificio lloraban. Yo era la única que aquel día no tenía motivos para la tristeza. A Naúm lo destinaban a Jabárovsk, a orillas del río Amur, en la frontera con el imperio de Manchukuo, que pertenecía a la esfera de influencia japonesa. No tenía que partir enseguida. En su cuartel de origen, por lo pronto, le habían asignado un puesto de mecanógrafo en la oficina.

—A lo mejor no me mandan al frente porque ya no soy muy joven y he tenido problemas de salud en los últimos años —dijo Naúm.

—Lo importante es que salves la vida —dije yo.

—Japón, con toda certeza, no atacará —aseguró—. Firmamos con ellos un pacto de no agresión. El que nuestras tropas estén en la frontera solo es una medida cautelar.

Yo era proclive a creerlo, pero Kóstik estaba decepcionado. Habría preferido ver a su padre como un héroe de guerra.

La víspera, mis padres habían llamado desde Vichí para decir que la población judía sería evacuada en los próximos días. Hacia Smolensk, Oriol o incluso Stalingrado, o sea, a zonas alejadas del frente a las que los alemanes no llegarían nunca. Eso me tranquilizó. Ya se sabía lo que los nazis opinaban sobre los judíos. Algunos hasta afirmaban que querían masacrarlos a todos, pero yo, en aquel instante, tomaba ese rumor por un cuento chino.

A finales de junio, la sección alemana de nuestra editorial fue disuelta. A sus integrantes —traductores del alemán, correctores, lectores y cajistas— de momento se les daba continuidad. Algunos pasaron a redactar textos rusos, otros se destinaron a contabilidad, distribución o secretaría. Durante dos años, la Unión Soviética había sido una aliada de la Alemania hitleriana, y a lo largo de ese período había estado prohibido decir una sola mala palabra sobre el jerarca de Berlín. Al fin y al cabo, era nacionalsocialista... es decir, socialista, y, por consiguiente, amigo de la clase obrera.

Desde que comenzara la guerra, volvimos a imprimir literatura antifascista. Ahora todo lo alemán se consideraba hostil e inferior. Aun así, yo no podía odiar la lengua alemana y en mi estantería seguía habiendo libros de Stefan Zweig, Thomas Mann y Heinrich Heine. Sabía que otros traductores quemaban tales volúmenes porque había que tener cuidado con los vecinos. La mera posesión de un tomo en lengua germana podía ser interpretada como propaganda fascista. En una ocasión nuestra vecina María Petrovna hizo un comentario alusivo. Sabía que yo poseía libros de autores alemanes. Pero esa vez no debí tenerle miedo.

—Soy judía —dije devolviéndole el golpe—. ¿Pretende usted afirmar que simpatizo con Hitler? Cuide su lengua. Si no, les cuento a todos lo que dijo en septiembre de 1939: «Ya les bajará Hitler los humos a esos polacos de mierda.» ¿Quién es, pues, la fascista?

En adelante, María Petrovna me dejó en paz.

Seguía amando la lengua alemana, pero empecé a odiar a los alemanes. Corrían noticias de que arrasaban a fuego Ucrania y Bielorrusia, cometían matanzas, maltrataban a los prisioneros y libraban una guerra de exterminio contra la población civil. Los carteles con la consigna «¡Matad al invasor alemán!» no me conmovían. Eran muchos los que decían que «solo un alemán muerto es un alemán bueno». Al poco tiempo, todos los alemanes de Leningrado fueron deportados. Eran «nuestros» alemanes, quienes habían vivido en la ciudad desde generaciones. La mayoría no entendían una sola palabra del idioma de sus mayores. Más tarde, me percaté del crimen que se perpetró contra ellos. Se los deportó a Siberia o a Asia central, se requisaron sus fortunas, se los maltrató, mató o dejó morir de hambre. Pero en 1941 no di muchas vueltas al asunto. Estaba demasiado ocupada con mis propios problemas.

—Nuestros alemanes son la quinta columna de Hitler —dijo alguien—. A las primeras de cambio mudarán de bando.

Solo Masha opinó:

—Ayer nuestro queridísimo dirigente todavía era amigo de Hitler. Hoy teme a los críos alemanes, incluso cuando en los parvularios adoran su efigie como si fuera Dios.

Le supliqué que se abstuviera de ese tipo de comentarios. Fue un milagro que nadie la denunciara.

El destino de los alemanes no me afectó. La única que me dio lástima fue una de mis compañeras de trabajo, una chica joven, casi una alumna todavía, que tenía el mismo apellido que mi marido: Schwarz. Cuando me enseñó la orden de expulsión, busqué en vano palabras de consuelo. Me contó, entre sollozos, que ya su bisabuelo había sido un funcionario leal del zar, y que su padre había servido de oficial en la primera guerra y después luchado contra los polacos en el seno del Ejército Rojo. La abracé e intenté confortarla.

\* \* \*

A principios de julio, un funcionario de la administración municipal vino a verme al trabajo. Me propuso acompañar a un grupo de niños al campo en calidad de educadora, arguyendo que era pedagoga de formación y madre yo misma, que tenía treinta y tres años —es decir, la mejor de las edades— y una hoja de servicios intachable. Por tanto, reunía las mejores condiciones para asumir esa tarea de responsabilidad. La administración municipal contaba con que la ciudad sería bombardeada por aire y quería poner a salvo a un máximo de población infantil.

Partimos el 3 de julio de 1941. Ese día, Naúm y yo habíamos escuchado una arenga de Stalin en la radio. «Hermanos y hermanas, la situación es seria —proclamó nuestro dirigente—. Nunca antes nuestra patria se ha encontrado bajo un peligro similar. Debemos movilizar todas las fuerzas para echar de nuestro país al enemigo maligno y artero, tenemos que pisotearlo como una serpiente, destruirlo como nuestros antepasados en la Edad Media destruyeron a los ejércitos de la Orden Teutónica que amenazaron Nóvgorod, como echamos a Napoleón en 1812. ¡Hermanos y hermanas: demostrad coraje!» Así, o en términos similares, se expresó el dictador. Su discurso nos inspiró fuerza. Pronunciado con gran emoción, nos tocó el alma. Quedamos convencidos de que las cosas cambiarían para bien, a pesar de que las noticias que llegaban del frente eran todo menos alentadoras.

Naúm no quiso acompañarme a la estación. No soportaba estar en el andén y seguir el tren con la mirada. Nos despedimos en casa. Tras diez años de matrimonio, era la primera vez que nos separábamos.

Que era una suerte que los niños y yo no tuviéramos que quedarnos en la ciudad, dijo mi marido. En Kiev, habían muerto muchas personas a causa de los ataques aéreos.

Que era una suerte que él no tuviera que ir al frente, le dije yo a mi marido. Los alemanes nunca llegarían hasta Jabárovsk, a orillas del río Amur.

Nos abrazamos en el pasillo, mientras Kóstik y Shelya aguardaban en la escalera. Naúm dijo que me escribiría en cuanto hubiera recibido mi dirección. Salí corriendo sin volver la vista atrás. De cara a los niños me porté con una alegría extremada. El llanto convulsivo lo enterré en mis adentros.

La estación era un caos de convoyes de tropa y de mercancías. Transportaban armas, coches, camiones, carretas y otros bienes de importancia bélica. En muchos vagones de plataforma abierta descansaba el equipamiento de fábricas enteras: máquinas, mobiliario de oficina, productos semiacabados, tubos de acero, descomunales bobinas de alambre de cobre. Eran pocas las mercancías que habían sido tapadas con lona. Me extrañó que se llevaran todo aquello; al fin y al cabo, Leningrado no era zona de frente. Los trenes sanitarios y otros ocupados por cuadros militares y civiles no cesaban de entrar y salir. Por todas partes había barreras, controles, flechas de obligación, personas de uniforme o de paisano intentando averiguar algo y otras tratando de dar explicaciones.

Uno de los cordones policiales constituía el final del recorrido para las madres de los niños que nos habían sido encomendados. Hubo ayes y quejidos. Las madres querían acompañarnos hasta el tren, pero los agentes no transigieron. El reglamento es el reglamento. Al ver aquel caos, me acordé de Masha:

—Más vale que esperes hasta que salga un transporte hacia el este, preferiblemente a la región de Omsk o de Irkutsk —me había aconsejado—. Adonde os mandan ahora, algún lugar entre Leningrado y Nóvgorod, no estáis seguros.

Nuestro tren se hallaba estacionado fuera del pabellón, en una vía secundaria, y lo componían cinco vagones de ganado provistos de ventanillas enrejadas del tamaño de un pañuelo. Allí no había ni andén ni camino asfaltado.

Los niños, de entre dos y dieciséis años, sumaban un total cercano a los ciento veinte, y los más pequeños solían ir acompañados de hermanas mayores que cuidaban de ellos. Había, además, tres maestras y dos madres que, aunque a efectos oficiales figuraban como educadoras, básicamente se ocupaban de sus propias criaturas. Más adelante, se me eligió jefa del transporte, quizá por ser, con mis treinta años, la mayor.

Contábamos con llegar a destino en cinco o seis horas, pero resultaron cálculos muy optimistas. Una y otra vez parábamos en estaciones o vías paralelas, teníamos que ceder el paso a convoyes de tropa y armamento o nos desviaban a líneas secundarias para que esquiváramos el tráfico de las rutas principales. Al cabo de tres horas, nos quedamos atrapados en una pequeña estación de provincias. La vía había sido destruida por las bombas.

El tren se vio obligado a dar un extenso rodeo. Nadie supo decirnos cuánto faltaba para llegar. Nuestros víveres solo alcanzaban para medio día, ni los niños ni los adultos iban bien provisionados. Ninguno llevaba más que una mochila, una bolsa o un hatillo, pues estaba previsto que, en destino, recibiríamos comida y alojamiento. La única excepción era una madre de tres hijos cuyo marido dirigía unos grandes almacenes, que traía un saco de alimentos que vigilaba celosamente.

Pronto empezó a escasear el agua. Como no había retretes, utilizamos baldes para hacer nuestras necesidades. En uno de los vagones, conseguimos arrancar una tabla del suelo.

Al final, en vez de medio día, viajamos más de cuarenta horas. Agazapados en el suelo, los niños preguntaban constantemente cuándo llegaríamos, y los más pequeños se echaban a llorar. No supimos darles respuesta ni encontramos palabras para tranquilizarlos. Nuestras caras y nuestros gestos debían de expresar inseguridad y angustia, algo que se contagiaba a los menores.

El tren, que circulaba a treinta kilómetros por hora como mucho, se arrastraba por un paisaje monótono: bosques y más bosques interrumpidos por tierras de labor, alguna aldea con casas de madera



parda, iglesias de cúpula verde o dorada, torres verdiblancas detrás de abedules, caballos de larga crin con las patas delanteras trabadas. A veces, se atisbaban mujeres con pañuelos blancos. Andando el tiempo, las estaciones y poblaciones comenzaron a espaciarse. El bosque raleaba y daba lugar a un paisaje de prados cenagosos.

Al cabo de un día y medio de viaje, algunos niños enfermaron de diarrea. Estaban demasiado débiles para tenerse en pie. Los teníamos que levantar y sentar sobre el balde. Después, abríamos la puerta corrediza del vagón y, vaciando el recipiente, estercolábamos los prados a lo largo del trazado. Aun así, el hedor en el interior del coche se hizo insoportable. En un momento en el que volvimos a detenernos en una vía secundaria, me bajé y corrí hasta la locomotora.

—No puedo hacer nada —se justificó el maquinista, asomado a la ventanilla lateral de su cabina. Tenía el mono gris arremangado, sus antebrazos estaban cubiertos de cicatrices—. La siguiente estación grande está a cuarenta kilómetros; el pueblo más próximo, a veinte.

—Y el hospital siguiente a cien, según me consta —remachó el fogonero. Se limpió el hollín de la cara con un trapo y encendió una papirosa—. Esto se va a pique —continuó—. Todo, una mierda.

Paseé la mirada alrededor. En lo que abarcaba la vista, solo había prados y campos, un cielo gris, postes de telégrafo torcidos como los chopos al viento y, junto a la aguja entre la vía principal y la secundaria, un cobertucho parecido a un gallinero: la caseta del guardavía. Este aceptó enviar un telegrama al pueblo siguiente: «Niños enfermos tren número... Ruego atención médica urgente». No podía hacer más. Con un gesto de lamentación, manifestó que desconocía la hora en que continuaríamos el viaje. Esperaba la señal para dejar expedita la vía.

—Solo hago lo que me mandan, lo demás... no me interesa —gruñó.

Mientras tanto, uno de los niños había perdido el conocimiento.

Yo estaba desesperada. ¿Teníamos que asistir impotentes a la muerte de los niños? Mi alma cargaría con una mácula de por vida.

De nuevo, a zancadas, me encaminé hasta la locomotora.

—¡Los niños van a morir! —dije al maquinista.

Se encogió de hombros y miró para otro lado.

—¿Qué quiere que haga?

—¡Quiero que siga! —grité—. Aunque la señal esté en rojo. ¡Tenemos que arriesgarnos! ¿O se hace usted responsable de la muerte de los niños?

—¿Se hace usted responsable de la muerte de nosotros? —preguntó el fogonero con una risita impostada, nada alegre, y me sopló el humo a la cara.

—Los funcionarios de los ferrocarriles están sometidos a la ley marcial —explicó el maquinista—. Lo que usted nos propone se castiga con la pena capital.

—¿Y quién hace esas reglas? —grité, enojándome conmigo misma por lo absurdo del comentario.

—¿Que quién hace las reglas? —preguntó el fogonero—. Los de arriba, sentados en sus sillones mullidos muy lejos del frente. Tengo ganas de darles por el culo a todos, de dar por el culo a sus mujeres y a sus hijas y a sus hijos y a sus madres y a sus padres y a sus abuelas y a sus abuelos; a sus perros y a sus gatos, de dar por el culo a...

Me quedé sin saber a quiénes más quería dar por el culo el fogonero. Un silbato agudo anuló sus palabras. En el horizonte, apareció una nube de humo y un punto negro. El punto fue creciendo hasta convertirse en una locomotora negra, seguida por otra y otra. Tres máquinas acopladas, algunos vagones de pasajeros y un gran número de vagones de mercancías, tantos que no pude divisar la cola del tren. Veía a las personas. Parecía que apenas tenían sitio para respirar. Algunas viajaban asomadas a las ventanillas; otras, incluso, colgadas de los estribos. Hice señas y di voces, aunque era consciente de lo infructuoso de mi intento. Sin embargo, para mi sorpresa, el tren se detuvo. Las ruedas de las locomotoras se blo-

quearon entre una rociada de chispas y con un ruido penetrante de hierro contra hierro. Me tapé los oídos. Luego, se abrieron las puertas de los vagones, algunos pasajeros bajaron saltando a la grava de la vía, manifestamente desorientados entre los dos trenes y mirando con curiosidad a su alrededor. Un hombre musculoso de unos cincuenta años se apresuró hacia el guardavía y comenzó a hablarle. El guardavía apuntó con el dedo en mi dirección, y aquel fornido se dirigió a mí.

Se llamaba Morósov, o tal vez Ovsov, y era el presidente del koljós Karl Liebknecht, un criadero de cerdos ubicado en la zona fronteriza lituanorrusa, que estaba siendo evacuado ante el avance de los alemanes. De hecho, desde la parte posterior del tren nos llegaba un fuerte chillar y gruñir en distintas tonalidades, como si miles de cochinos se hubieran enzarzado en una disputa interminable.

—Ya se nos han muerto cinco hembras preñadas y un verraco reproductor —se quejó Ovsov-Morósov—. A cada rato nos hacen parar en mitad del trayecto sin darnos agua ni alimento. En momentos como este, nadie tiene corazón para pensar en los animales.

En el tren del koljós viajaba una médica que se ocupó de nuestros enfermos.

—Necesitan cuidados facultativos —concluyó—. Lo mejor será que nos los llevemos. Tenemos medicamentos a bordo.

Morósov-Ovsov no tuvo reparos.

—Que sea —dijo—. Tres más, tres menos, qué importa cuando vamos sobrecargados sin remedio.

De modo que entregamos a nuestros tres enfermos al koljós porcícola a cambio de unos resguardos. En estos, Ovsov-Morósov confirmaba la recepción de los menores en régimen de atención provisional hasta nuevo aviso, y se especificó que, dada la situación militar, no podía establecerse una fecha de devolución. Ni un cuarto de hora después, el tren de los criadores de cerdos volvió a ponerse en marcha. Como «pequeño regalo» nos dieron diez kilos de jamón.

\* \* \*

En el lugar destino de nuestra evacuación, nos esperaba gente de la zona con carros de caballo. A los niños más pequeños se les permitió acomodarse en ellos, mientras que los demás caminaron a pie. Atravesamos un paisaje de turberas. La hierba y los matojos se ondulaban al viento como las olas de un gran lago. El pueblo al que nos dirigíamos había nacido diez años atrás y ni siquiera tenía nombre todavía, sino que respondía a la farragosa denominación de «Sovjós de los héroes de la Comuna de París, colonia número siete». Ningún lugareño sabía lo que fue la Comuna de París ni por qué su sovjós había sido nombrado en memoria de los héroes de esta. Tampoco parecía intrigarles aquella pregunta; la mayoría eran viejos cascarrabias preocupados más que nada por la suerte de sus hijos y sus nietos en el frente. Los niños de la ciudad solo representaban para ellos bocas adicionales que alimentar.

Finalmente, llegamos al pueblo, que distaba doce kilómetros de la estación del ferrocarril. Constaba de una calle y de alrededor de una docena de cabañas de troncos, una escuela y un edificio administrativo. No había una sola construcción de ladrillo. Entre las casas, transversales a la calle, se paseaban cerdos, cabras y gallinas. La verdad es que no me había imaginado un sitio tan rústico.

A la entrada de la colonia, esperaban las mujeres. Nos colmaron de palabras alentadoras que resultaron como un bálsamo para nuestro estado de agotamiento. Algunas incluso se ofrecieron para acoger a los niños en sus casas.

Una de estas cogió a Shelya en brazos y decretó:

—Esta princesita se viene conmigo.

—La princesita tiene madre —repuse yo.

—Pero está sucia y cansada y tiene hambre —dijo la campesina—. Voy a lavarla y a darle de comer.

Kóstik se echó a llorar.

—¿Sabe qué? —dije—. Entonces llévese también al chico. Los dos se quieren mucho y a mi pequeña no la dejo irse sola.

—De acuerdo —contestó la mujer, y se llevó a Shelya y a Kóstik, mientras que al resto nos condujeron al edificio más grande de la localidad, la escuela.

Era una cabaña de troncos, de planta cuadrada, donde no había nada dispuesto. No existían ni camas, ni sábanas, ni colchones. La pizarra del aula rezaba: «¡Felices vacaciones!».

Los niños estaban extenuados. Muchos lloraban. Tendieron sus chaquetas en el suelo y se echaron a dormir. Los adultos seguimos su ejemplo. A la mañana siguiente, al despertar, noté que mi ropa estaba mojada. Dos niñas acostadas a mi lado se habían hecho pis encima.

Dividimos el grupo. Yo me hice cargo de los menores de diez años, mientras que las dos maestras se ocuparon del resto. Hacia el mediodía, la campesina nos trajo a Shelya y Kóstik. Celebré que no hubieran tenido que dormir en el suelo.

Más tarde, nos pusieron colchones rellenos de paja. La comida, si es que podía llamarse así, era mala. La base de avituallamiento se encontraba a gran distancia y primero aprovisionaba al Ejército. Lo único que recibíamos era medio litro de leche al día por cabeza, además de un poco de pan. La leche tardaba tanto en llegar que solía estar agria. Di dinero a la mujer bajo cuyo techo habían pasado la noche mis hijos para que nos cociera patatas. Así, las patatas empezaron a ser nuestro plato principal. Las comíamos sin sal y sin acompañamiento.

Kóstik y Shelya se acostumbraron rápidamente a la vida en la colonia. Aunque los vecinos no tenían sitio suficiente para que todos los niños pernoctaran en sus casas, mis hijos, al menos dos o tres veces por semana, podían dormir en camas de verdad y recibían un desayuno en regla. El tiempo veraniego ofrecía muchas posibilidades para jugar al aire libre. A un kilómetro de la colonia había un estanque donde los niños se bañaban. Casi se habría podido pensar que no estábamos en guerra y que no huíamos de las bombas de los alemanes, sino que nos hallábamos en un campamento

de vacaciones. Dos semanas después de nuestra llegada, por fin tuve noticias de Naúm. Efectivamente, lo habían enviado al Extremo Oriente.

Hice buenas migas con los aldeanos, en particular, con Grisha, el jefe de correos. Un accidente lo había dejado inválido del brazo izquierdo, razón por la cual se había salvado del servicio militar. Era un hombre parco en palabras, que parecía controlarse mucho, antialcohólico y no fumador. Por eso, los varones del pueblo lo llamaban a veces «la monja en pantalones», pero él no hacía caso de las pullas. «A la estupidez alada no se le dispara —solía decirme entonces—. Se la deja seguir volando.»

Grisha era el único del pueblo que leía libros y periódicos y escuchaba la radio.

—Dentro de poco, tendrán que volver a marcharse —me decía cuando estábamos solos—. A la vuelta del verano, los alemanes estarán aquí.

Yo no lo creía, y él se limitaba a sonreír con amargura cuando lo ponía en duda.

—Antes de la guerra, soñaba con cursar una escuela de peritos en Leningrado. Seguramente se quedará en un sueño. Pero, cuando lleguen los alemanes, quizá pueda abrir una tienda de ultramarinos. Antes de la colectivización, mi padre tenía una. Un día, a mi padre lo mataron.

No fuimos los únicos evacuados en la colonia. A comienzos de agosto, llegó al sovjós un transporte de refugiados integrado sobre todo por judíos de Ucrania occidental. Que los trajeran a nuestra zona, la de Nóvgorod, ya amenazada por los ejércitos alemanes, solo se explicaba por el caos y la desorganización de aquellos primeros meses de la guerra. Una semana después, continuaron ruta hacia el este. A los dos o tres días de su llegada, Grisha se presentó en nuestro albergue, me hizo señal de acercarme, se llevó el dedo índice a los labios y me indicó la puerta con la mirada.

—Es posible que hayamos apresado al pariente de un gerifalte nazi —me susurró al oído cuando hubimos salido a la calle.

—¿Cómo? ¿Un gerifalte nazi? ¿Aquí, en el sovjós?

No daba crédito a mis oídos.

—Quieren que usted nos ayude a esclarecer el caso.

—¿Yo?

—Acompáñeme —dijo Grisha susurrando de nuevo.

Lo seguí al edificio administrativo, que reunía las funciones de sede del sóviet local, puesto de milicia y oficina de correo y telégrafo.

El «gerifalte nazi» era un judío rechoncho y calvo de una edad difícil de estimar. Parecía completamente aterrado y, con tartamudeos, le explicaba algo al director del sovjós. El miliciano local, un komsomol de diecisiete años, se hallaba de pie empuñando el revólver y gritaba con voz aguda, casi atropellada:

—¡No te creo una sola palabra, fascista! ¡Al paredón! ¡Simplemente te vamos a llevar al paredón!

—Protesto contra este trato. Y haga el favor de no tutearme, joven —balbuceó el detenido.

—Te voy a matar con mis propias manos, porque no te mereces una bala —lo atajó el miliciano—. En nuestro sovjós, no se protesta, ¿me oyes?

Pronto entendí el motivo por el que aquel hombre se veía en semejante aprieto. Su apellido tenía la culpa. Se llamaba Gebels y, para su desgracia, había nacido en Alemania, a saber, en Königsberg. A su lado, en el banco, estaba su mujer, una judía oronda de pelo muy canoso. Alternaba los sollozos con maldiciones en lengua yidis dirigidas contra los representantes del poder estatal, maldiciones que ellos, por suerte, no comprendían. A veces, apelaba a «la razón y al sentido común» de sus verdugos, cosa que en este caso parecía más bien una broma.

—¡Pero, camaradas! —dije yo—. El ministro de Propaganda del Reich Alemán se llama Goebbels y no Gebels.

—¡Sí, sí, sí! —tartamudeó el infeliz Gebels—. En nuestro Zhmérynka, hay una docena de Gebels. Uno era un estudioso del Talmud,

y mi tío, Itsik Gebels, luchó contra Denikin como soldado del Ejército Rojo y llegó a ser un héroe altamente condecorado de la guerra civil.

—Gebels o Goebbels, ¿qué diferencia hay? —opinó el director del sovjós—. No oigo ninguna diferencia. ¿La oyes tú, Arkasha?

—¡No hay diferencia! —corroboró el miliciano, manoteando con el cañón del arma ante la cara del detenido—. Este fascista solo intenta engañarnos. ¡Confiesa ya que eres el hermano del gerifalte nazi!

El muchacho parecía no tener asomo de duda.

Grisha permanecía a un lado mirando al suelo. Al contrario que sus dos camaradas, la escena, a todas luces, le resultaba embarazosa.

—¿Por qué naciste en Königsberg? —preguntó el director—. ¿Eres alemán?

—Adelante, Yósele, díles por qué naciste en Königsberg. —Su mujer lo abrazó—. No tengas miedo, estoy contigo, Yósele, todo se aclarará —susurró para añadir en voz alta—: Los camaradas no son tontos.

—Mi padre era viajante —relató Gebels—. Se pasó años yendo de un sitio a otro con su familia, estuvo en Lemberg, Cracovia, Budapest, Kiev y muchos otros lugares. Mi hermana nació en Csernovic y yo, en Königsberg. Dejamos la ciudad poco después de que yo naciera. Ni siquiera conozco Königsberg, y no hablo una sola palabra de alemán.

—¡Todo eso no me convence! —bramó el miliciano—. ¡A fusilarlo, digo! ¡A fusilarlo!

—Qué rápido eres para fusilar, Arkasha —dijo Grisha en voz baja.

—¡Pero si soy judío! —se desgañitó el pobre Gebels con desesperación—. ¡Los alemanes odian a los judíos! Salimos huyendo de Zhmérýnka en el último momento. Soy judío. Puedo probarlo.

—Queremos darte esa posibilidad —dijo el director—, y por ello hemos pedido a Rosa Abrámovna que nos asista.

Todos los intervinientes me miraron.

—Porque es usted judía, ¿verdad?



—Lo soy, pero...

—No, no; no me entienda usted mal —se apresuró el director a aclarar el asunto—. No se trata de..., ejem..., lo que quiero decir es... —se frotó las manos, visiblemente apurado y sonrojándose.

—De seguro, usted es la persona que mejor sabe juzgar si alguien está circuncidado conforme al rito judío o no —dijo el miliciano—. Yo, personalmente, no creo que este cerdo sea judío. —Oprimió la boca del cañón del revólver contra la sien de Gebels—. Venga, quítate el pantalón, hijo de puta.

El miliciano esbozó una mueca de sonrisa.

Si no hubiésemos estado en plena guerra, expuestos al avance de los alemanes, quizá yo hubiera protestado. Pero sabía que la vida de Gebels pendía de un hilo. El juzgado más próximo se hallaba a cincuenta kilómetros de distancia. Cada día, llegaban noticias sobre las bajas habidas en el frente. Llevarían a Gebels al paredón, detrás de un granero o allí mismo, delante del edificio administrativo, y lo fusilarían y arrojarían su cadáver al vertedero. En todo el país se ejecutaban miles de presuntos espías y traidores. ¿Qué importaba el destino individual?

Gebels estalló en llanto. De pronto, su cara fruncida recordaba a una hoja de papel estrujada y tirada con desprecio a un rincón.

—He llegado a los cuarenta y nueve años —dijo entre sollozos—. En mi vida me han humillado hasta este punto.

—Hazlo, Yósele —dijo su mujer en voz baja—, no pasa nada. —Con los dedos le acariciaba la calva y los manojos de pelo sobre las orejas—. Está bien. Solo es un momento. Hazlo por mí, hazlo por nuestros hijos.

Sentí un nudo en la garganta.

Las manos no lo obedecían. Un botón del pantalón se le desprendió, cayó al suelo y rodó hasta debajo de la mesa del director del sovjós.

El calzoncillo era de color gris oscuro y tenía agujeros. Gebels se quedó blanco como la pared cuando se lo hubo quitado. El miliciano bajó el arma.

—Es, sin duda alguna, el trabajo de un circuncidador judío.

¿Fui yo quien dijo esa frase tan necia? Mi voz sonó afónica y extraña. Gebels volvió a vestirse y, cogido del brazo de su mujer, abandonó despacio la sala. Callados, seguimos a la pareja con la mirada.

Tras salir a la calle, oí unos pasos. Me paré. Era Grisha, se me acercaba. Respiraba anheloso.

—Rosa Abrámovna...

—Por el amor de Dios, Grisha —lo interrumpí—. Haga el favor de no decir nada.

Al principio, los escuadrones de bombarderos alemanes volaban a gran altura. Podíamos contar los aviones. Quince. Treinta. Cuarenta. Su número aumentaba a diario. Luego, llegaron los cazas. La aviación soviética brillaba por su ausencia. En el sovjós, no había defensa antiaérea. La base militar más próxima estaba a varios kilómetros. Cada vez más a menudo, algunos cazas se salían de los escuadrones para lanzarse en picado sobre la colonia, con los tejados de las casas en el punto de mira. El silo de cereales fue destruido. El depósito de carburante para los tractores saltó por los aires. La gente huyó internándose en los campos. Algunos aldeanos murieron, pero de nuestros niños ninguno salió herido. Mientras que Shelya era todavía demasiado pequeña para comprender lo peligrosa que se había vuelto nuestra situación, Kóstik me preguntaba a diario cuándo nos marcharíamos. «Mamá, volvamos a Leningrado —decía—. Los alemanes nos matarán a todos.» Apenas había noche en la que durmiera de un tirón.

Fui a la oficina de correos. El teléfono aún funcionaba. Al cabo de varias horas, Grisha logró establecer conexión con el sóviet municipal de Leningrado. Durante otra hora más, estuve machacando a un burócrata, que finalmente me prometió tramitar lo necesario para la «reconducción del grupo infantil número doce evacuado el 3 de abril» y avisar a los padres de nuestro regreso.

\* \* \*

Por fin, se nos llevaron del lugar. La estación a través de la cual habíamos llegado al sovjós estaba ya arrasada por las bombas, de modo que tuvimos que dar un rodeo para subir al tren en otro punto de la vía. Para ello, nos facilitaron carros y caballos y nos acompañaron algunos hombres. Frente a la pequeña estación de madera nos despedimos. Grisha me dio un abrazo.

—Siempre la recordaré. Ha sido para mí una gran suerte haber conocido a una persona tan inteligente como usted, y estoy seguro de que, junto con sus hijos, sobrevivirá a esta guerra.

Acto seguido, giró rápidamente sobre sus talones.

No bien nuestros amigos del sovjós se hubieron marchado, comenzó el bombardeo del lugar. Nos escondimos en una pocilga donde habían cavado un refugio antiaéreo para los cerdos, en el que ahora recalábamos nosotros. Oímos los impactos de los proyectiles. Lo único que podíamos hacer era insistir a los niños en que no tuvieran miedo:

—No temáis, solo es la defensa antiaérea. No hace mal. No tengáis miedo. No tengáis miedo.

El fuego aéreo se intensificó por minutos. Salí reptando del agujero soterrado y espí el exterior a través de los intersticios de las tablas. Restos del edificio de la estación, raíles, travesaños, ladrillos, tierra, piedras... Todo volaba por los aires, y de la vía férrea llegaba un rugir espantoso. Los motores de avión, la defensa antiaérea, el silbido de las bombas que caían, las explosiones..., ya no se oía nada semejante. Solo aquel rugir.

Cruzamos la calle del pueblo a la carrera. Dos adultas a la cabeza, luego los niños en fila india y tres adultas cerrando la marcha. La humareda no nos dejaba ver. Olía a gasolina, a madera ardiendo, a carne calcinada. Huimos hacia el río situado al otro lado de la colonia y, después, hacia el bosque.

El río era somero y no muy ancho, en realidad no era más que un arroyo. Dentro del agua, nos pasamos unas a otras a los niños

más pequeños, aquellos que no podían vadear el lecho. Esta operación tomó cierto tiempo. Una de las cuidadoras cogió a su hijo y exclamó:

—¡Mi Seryoshenka es más importante para mí que los demás!  
—y se fue corriendo, dejando al grupo en la estacada.

Ya nunca los volvimos a ver, ni a ella y ni a su criatura.

Al cesar el bombardeo, regresamos a la vía del tren. El pueblo estaba devastado por completo. De las ruinas de las casas se erigían las chimeneas negruzcas. De repente, empezamos a ver personas vagando en medio de la destrucción: mujeres en busca de sus familiares o sacando los restos de sus pertenencias de las casas estragadas, enfermeros llevando en camilla a los heridos hasta una plaza donde se levantó una carpa que haría las veces de hospital de campaña. Contamos a los niños. Estaban todos y se encontraban ilesos. Si los milagros existen, aquel fue uno.

Fui sola a la estación. Acordamos que los demás me esperarían en la periferia de la localidad, junto a la vía. Del edificio solo quedaba la fachada, pero el jefe de estación estaba vivo.

—Es muy probable que su tren los esté esperando a dos o tres kilómetros de aquí —me explicó—. Cuando empezó el ataque, desde la estación vecina llegó la notificación de que el tren había pasado por la misma. Lo habitual es que en caso de bombardeo los trenes esperen a una distancia prudencial.

Me di prisa en volver con el grupo de niños. Pasamos por delante de cráteres de bomba, travesaños renegridos de hollín y raíles torcidos. Al cabo de medio kilómetro, la vía volvía a estar intacta. El raid se había dirigido únicamente contra la localidad. Luego, tras otro medio kilómetro, la regocijante sorpresa. En un bosquecillo, en una curva del trazado, había efectivamente un tren esperando: tres vagones de mercancías y una pequeña locomotora, un modelo antiguo despreciado por el Ejército, con manchas de óxido, pero aún lo suficientemente apto para transportar niños.

—Un cuarto de hora más, y habría dado marcha atrás —dijo el maquinista—. No quisiera dejar viuda a mi mujer.

Llevábamos apenas media hora rodando cuando oímos ruido de motores sobre nosotros. Primero sonó como un zumbido, luego creció en volumen, aumentó en envergadura. El tren paró de forma instantánea. A pesar de las cruces rojas dibujadas sobre los techos de los vagones, sufrimos el ametrallamiento de un avión en vuelo rasante. Abrimos rápidamente las puertas, saltamos abajo y nos adelantamos corriendo en los campos aldeaños, donde nos tumbamos en el suelo. Olía a hierba y a flores, a verano tardío, cálido y cargado. El avión acribilló las cruces rojas con una ráfaga de metralla y se perdió en el vaho de un cielo sin nubes. Corrimos de vuelta y subimos a los niños a los vagones lo más deprisa posible. El maquinista arrancó enseguida. Temía que aquel avión regresara.

Después de ese incidente, el tren redobló la velocidad. A lo lejos, se oía fuego de artillería. Se acercaba cada vez más. En el vagón reinaba el silencio. Los niños y las acompañantes estaban sentados en el suelo, exhaustos. En las pausas que mediaban entre las detonaciones, se percibía el golpeteo monocorde de las ruedas. Había una ventanilla sobre el sitio donde me encontraba. «Tengo que mirar hacia fuera —pensé— para no caer en la apatía de los demás; es algo que no me puedo permitir.» Conseguí levantarme con trabajo. Me sujeté de los dos barrotes que dividían el vano en tres segmentos de tamaño aproximadamente parejo, apreté la barbilla contra el borde inferior y miré al exterior. Atravesábamos a toda máquina un pequeño bosque, luego bordeamos campos y una aldea destruida. Seguía habiendo casas en llamas, se veían rescoldos, vehículos militares volcados, caballos muertos, un camión puesto de través en la calzada. No se divisaban personas. Me extrañó que la vía siguiese intacta. Marchábamos al ritmo de un tren rápido. Los destrozos no me sorprendieron, pero me inquietó que no se viera un alma. ¿Había huido la gente? ¿Había muerto? ¿Dónde estábamos en realidad? En una bifurcación de camino había una moto de color verde oscuro con sidecar. Un hombre estaba sentado en su sillín con las manos apoyadas en el manillar. Otro hombre, metralleta en ristre, se hallaba a unos metros de él. Los dos siguieron nuestro tren con una mirada rayana en la

estupefacción. Pese a la velocidad, creí poder distinguir sus caras de sorpresa. Llevaban uniforme y casco. Pero no eran los uniformes ni los cascos del Ejército Rojo... Solté los barrotos.

—¿Cómo está la cosa, Rosa Abrámovna? —me preguntó una de las maestras.

—Desapacible —mascullé.

Esperé unos minutos, hasta que la maestra dejó de mirar en mi dirección. Después, gateé hacia el rincón donde estaban mis hijos, y me pegué contra sus cuerpos hasta que nuestras cabezas se tocaron.

—Cuando paremos —susurré tan bajito que los otros no pudieran oírme—, vendrán soldados extranjeros para registrar el vagón. Quizá los acompañen personas que hablen ruso. Si nos preguntan por nuestro apellido, decís Petrov. ¿Entendido? ¡Pero ni una palabra a nadie!

Shelya y Kóstik me miraron sorprendidos. No era para menos. ¿Cómo habrían podido comprenderlo mis pequeños?

—Rashel Petrova —dijo la vocecita de Shelya al cabo de un minuto aproximadamente—. Me llamo Rashel Petrova.

—Rashel no. Katya —susurré—. Rashel suena demasiado judío.

—¿Konstantín Petrov? —preguntó Kóstik.

Asentí con la cabeza... De modo que él había comprendido. De pronto, se pusieron tan serios como personas adultas.

Algo más tarde, no recuerdo cuánto habíamos avanzado, el tren paró de verdad. «Se acabó», pensé. Cerré los ojos y abracé a mis hijos. La puerta corrediza del vagón fue abierta por fuera. «Cuando venga el Mesías, ya no habrá amigos ni enemigos —decía mi abuelo—. Y reinará la paz absoluta. Porque ya no tendrás vínculos ni miedos. Las añoranzas y el desasosiego te abandonarán como el polvo, y cuando andes, tus pies no tocarán la tierra...»

—¡Me cago en tu madre, Kolya! ¡Aquí dentro solo hay niños! Vaya mierda.

Volví a abrir los ojos. Durante unos segundos, la luz me tuvo cegada, luego vi a un integrante del Ejército Rojo trepando a nuestro vagón.

—Y yo que pensé que era nuestro tren —dijo—. Nos han prometido un tren que nos saque de aquí. Estamos montando una nueva línea de defensa cerca de Malogoye. No quiero inquietaros, pero los alemanes rompieron el frente al sur de donde nos encontramos.

«No me digas —pensé—. Lo que todavía no sabes es lo cerca que están de verdad.» Miré al exterior y vi un centenar de soldados soviéticos acampados alrededor de una caseta de guardavía abandonada. Tenían un aspecto lamentable, cansado y nada guerrero. Entonces, al ver los rectángulos en la solapa del miembro del Ejército Rojo, me di cuenta de que debía de tratarse de un oficial.

Este se volvió y gritó hacia fuera:

—¡Me cago en tu abuela, Kolya! Aquí no queda sitio para nosotros. Vamos a tener que ir andando. ¡Maldita sea! ¡Maldita!

—Modere el tono, camarada —dijo una de las maestras—. Hay niños presentes.

—Está bien, camarada.

—¿El tramo hasta Leningrado continúa abierto? —aproveché para preguntar antes de que saltara del vagón.

—Hasta Malogoye podríais tener dificultades, pero después el tramo debería de estar abierto —consideró—. Es un milagro que hayáis podido pasar. Encima con niños. Nosotros estamos metidos en un fregado de la hostia, ¿verdad, Kolya?

Kolya, invisible para mí, no contestó.

—Voy a dar instrucciones al maquinista para que se os lleve de aquí volando. Nada más. ¡Buen viaje y mucha suerte! La vais a necesitar.

Pronunciando estas palabras, cerró la puerta de un impulso. Renudamos el viaje y llegamos a Malagoye hacia el atardecer.

La estación de Malagoye no estaba destruida, pero había una confusión absoluta. Soldados corriendo de aquí para allá; el personal

ferroviario sumido en la inopia; papeles amontonados y quemándose en el andén. Al poco supe que el jefe de estación se había quitado la vida. Alguien había amenazado con fusilarlo.

Primero me dirigí a la cantina.

—¿Nos puede dar algo de comer?

—Tenemos sopa.

—Deles a todos un plato de sopa y un trozo de pan —dije.

La sopa estaba aguada y olía a coliflor podrida. La mayoría de los niños temblaba de agotamiento. Cuando la cuchara les entraba en la boca, habían derramado gran parte de su contenido. Algunos de los que ya no cabían en los incómodos bancos de madera se habían sentado en el suelo. Otros comían de pie, con la escudilla metálica apretada contra el cuerpo, como temiendo que les fuesen a sustraer el preciado manjar. De los soldados que permanecían en la cantina, algunos les regalaban a los niños rebanadas de pan con embutido y chocolate. Yo no pude comer nada.

Al contar a los niños, comprobamos que faltaba una docena. Según parecía, durante el ataque aéreo se habían alejado demasiado del tren y no consiguieron volver. Habíamos partido de forma precipitada, olvidando hacer el recuento de los menores.

—Es nuestra culpa —dijo una de las maestras—. Nunca me lo podré perdonar.

Rompió en llanto.

—Ninguna tenemos culpa de nada —dijo otra—. No obstante, nos llevarán a juicio, porque hemos desatendido nuestras obligaciones de vigilancia.

—Seguro que los campesinos los acogerán —opinó la primera—. A lo mejor alguien los lleva de vuelta a Leningrado.

Me miró con cara de buscar ayuda. Pero no tuvo palabras tranquilizadoras para ella.

Volví el rostro. No podía llorar. «Evita pensar en ello —me decía a mí misma—. Tienes dos criaturas propias y más de otras cien de



las que eres responsable. Si ahora empiezas a pensar en lo que ha ocurrido, ya puedes tirarte delante del tren.»

Salí al exterior. Donde terminaba el andén, como en todas las paradas, había un gran depósito de agua junto a las vías. A través de un tubo de hierro largo y doblado, se llenaba la caldera de nuestra locomotora. Pasaron a mi lado con una camilla. La ocupaba un cuerpo tapado con una sábana blanca, de la que solo asomaban las puntas de las botas. El brazo derecho caía flácido, y las yemas de los dedos rozaban las losas de piedra estriada del andén. Distinguí la manga de un uniforme de ferroviario.

—¿Cómo se ha suicidado? —oí preguntar a alguien.

—¿Cómo iba a hacerlo? En el cobertizo de las herramientas no faltan sogas.

—Qué despilfarro suicidarse durante la guerra. Les ha ahorrado el trabajo a los alemanes, el cabrón.

Me aparté asqueada y caminé hasta el extremo opuesto del andén. Había oscurecido. Me senté en el borde de la plataforma. Ante mis ojos se sucedían las imágenes de aquel día. El tren estallaba en llamas. Volcaba en una curva y se despeñaba por un abismo. Los doce niños desaparecidos iluminaban como antorchas el cielo nocturno. En la distancia surgía la figura de mi abuelo. «Si el enemigo arraiga en tu alma —decía—, estás perdido, a menos que logres congelarla.»

—¡Camarada!

No acerté a distinguir la cara del hombre en la oscuridad, solo vi el punto rojo del cigarrillo encendido y un tenue bigote. Subí al andén.

—Los he observado a usted y a los niños en la cantina —dijo el hombre—. Había en su voz algo suave y, a la vez, contundente, que no dejó de inquietarme.

Guardé silencio.

—Me parece que es usted la más sensata de las acompañantes de esos niños. Le hago una propuesta: no viaje con el grupo a Leningrado, sino a los Urales. Allí, asuma la dirección de un hogar

infantil. Soy el oficial responsable de este sector. Puedo ordenar el desvío de su tren. Todavía es posible, pero no lo será por mucho tiempo. Tengo buenas relaciones, puedo disponer lo necesario.

—¡Ni hablar! —contesté—. Usted mismo ha visto el estado en el que se encuentran los niños. Además, sus padres los esperan en Leningrado.

—¡Comprenda la situación! Dentro de pocas semanas, Leningrado será zona de frente.

Me agarró por los hombros.

—¿Qué provisiones puede garantizarnos para el viaje a los Urales? —pregunté retrocediendo un paso, y el hombre me soltó.

—Solo doscientos gramos de pan al día por cabeza. El resto se completará con lo que vaya saliendo sobre la marcha, lo que les den las autoridades locales.

—No. En primer lugar, porque yo misma soy madre. Mis hijos están al límite de sus fuerzas.

—¿Pero qué otras perspectivas tiene?

—Regreso a Leningrado, devuelvo a los niños a sus madres y después... por mí, hasta los confines del mundo. Los Urales, Siberia, Tayikistán, adonde usted quiera.

—Entonces será demasiado tarde. —Se me acercó bastante. El olor a tabaco, a pan y a aquella sopa maloliente que mis niños habían devorado con ansia me azotó la cara—. Cuando los alemanes empiecen a bombardear Leningrado, no quedará piedra sobre piedra —susurró—. No me atrevo ni a pensar lo que aún nos espera a todos.

Su cigarrillo se había apagado. Encendió una cerilla, y vi el rostro de un hombre joven, de escasos treinta años. Los ojos le brillaban, como si tuviera fiebre.

—Lo que tenga que ser, será —dije—. No puedo hacerme responsable de otros niños. No me quedan fuerzas.

—Comprendo —dijo con sequedad—. Hoy día nadie quiere hacerse responsable de nada.

Me estrechó la mano y se marchó.

\* \* \*

La vía a Leningrado no fue desbloqueada a lo largo de las horas que siguieron. Tuvimos que pernoctar en Malogoye. No llegamos a dormir, porque durante la noche la villa sufrió siete incursiones aéreas. Apenas se subieron los niños a los vagones y se acostaron, empezó a aullar la sirena. Continuamos al amanecer.

En Kolpino nos tocó hacer trasbordo a un tren de cercanías, porque nuestros tres vagones de mercancías fueron requisados para fines militares. El cercanías estaba formado por un solo vagón. Si el espacio en los tres vagones ya había sido escaso, ahora íbamos sentados o tumbados entre los asientos, o incluso arriba, en el portaequipajes; los más pequeños ocupaban los regazos de los mayores. Por suerte, no faltaba mucho para la ciudad.

En la estación de Leningrado, la situación era aún más caótica que en julio. Soldados y civiles gritando y gesticulando desafortunadamente en los puestos del cordón; numerosas unidades sin locomotoras; vagones de pasajeros y de mercancías de los que se ignoraba si habían llegado o si partirían; patrullas militares que, al parecer de forma arbitraria, entresacaban de la multitud a individuos aislados, controlaban su documentación y hurgaban en su equipaje. Una voz femenina bramaba anuncios que resultaban incomprensibles distorsionados por el altavoz.

A duras penas conseguimos sacar a los niños rendidos del tren. En el vestíbulo, los esperaban ya sus familiares o amigos, la mayoría con bolsas llenas de alimentos en las manos. Hubo gritos, lágrimas de alegría, abrazos y caras cuya expresión pasaba de la expectación al asombro, a la preocupación y, finalmente, mudaba en desesperación.

—¿Dónde están nuestros hijos?

Aquellas caras pertenecían a los padres de los niños que se habían perdido.

—Los vimos por última vez cerca de Malogoye, durante un ataque aéreo. No lograron volver al tren.

Nos llovieron improperios y amenazas. Tuve la sensación de que estábamos asediados por animales salvajes. Y de que se nos echaban encima.

—¡Le voy a partir la cara! ¡Le voy a partir la cara! —oí la voz histérica de un hombre.

Un sonoro chasquido. Como cuando se golpea una alfombra con el sacudidor. Una de las maestras gimoteaba. Le sangraba la nariz.

—Ay, por favor... no queríamos... ¡fueron los fascistas! ¡Los fascistas!

—¡Hacedlas pedazos!

—¡Duro con ellas!

—¡Hijas de perra!

Estaba tan cansada y desesperada que perdí el miedo. En un momento determinado, sentí un empujón en las costillas y caí desplomada. Me tapé la cara, pero ya nadie me golpeó. Unos soldados se habían interpuesto entre nosotras y la muchedumbre soliviantada, y empujaban a esta última fuera del edificio de la estación. Alguien disparó al aire. Algunos se tiraron al suelo y hubo niños que se echaron a llorar. Volví a incorporarme. Shelya y Kóstik estaban paralizados de terror. Nunca hablaríamos de aquellos hechos.

Los padres de los menores desaparecidos dejaron de perseguirme aquel día y también después. O se convencieron de que no tenía sentido pedirnos responsabilidades o estaban lo suficientemente ocupados en buscar a sus criaturas en la zona del frente de Malogye. No lo sé. Aun así, la sensación de haber fracasado no me abandonaría. Si hubiese sido una persona religiosa, habría rezado. Pero no creía en Dios. No había consuelo posible.

Nos quedamos en la estación con una veintena de niños. Sus padres no tenían teléfono, o no se les había podido localizar en el trabajo, o no se habían enterado de nuestro regreso por otras razones, como la indolencia de la administración municipal. Los

pequeños estaban completamente turbados. Después de dividirlos en grupos, nos despedimos de modo frío y escueto.

De los cinco niños que yo tenía asignados, una chica de catorce años me aseguró que conocía el camino a casa y que no necesitaba que la acompañara. Llamé a Masha desde una cabina telefónica y le pedí que se llevara a Kóstik y a Shelya a nuestra vivienda de la Fabríchnaya úlitsa. Shelya estaba demasiado agotada como para afrontar la larga marcha por media ciudad hasta las casas de los otros cuatro niños que se me habían encomendado. Por lo pronto, esperamos en el vestíbulo de la estación, rodeados de militares y refugiados venidos del campo, que permanecían sentados sobre sus sacos y maletas. El aire estaba enrarecido, apenas se podía respirar.

—¿Mis padres están muertos? —me preguntó una niña de cinco años—. Lo digo porque no han venido a recogerme.

Le aseguré que pronto volvería a ver a sus padres, tratando de dar a mi voz un acento firme y sereno. La niña no se dejó vencer y empezó a llorar. A los pocos momentos, el llanto se hizo extensivo a los seis.

Por fin, apareció Masha. Nos examinó con cara de espanto.

—Tienes un aspecto horrible —dijo—. ¿No te dije desde el principio que este viaje era un disparate?

Solo asentí con la cabeza, le entregué a Shelya y a Kóstik, y salí con los cuatro niños restantes.

Había artillería antiaérea colocada en plazas y tejados, los monumentos estaban forrados con muros de ladrillos, cubiertos con lonas de camuflaje o retirados de su emplazamiento. Las flechas señalaban los accesos a los refugios. Los carteles de propaganda en las fachadas eran de un tenor aún más agresivo que mes y medio atrás: «¡Muerte a los asesinos de niños!», «¡Aplastad al monstruo fascista!», «¡Todo por la victoria!», «¡Vencer o morir!», «¡Mata al alemán!».

Los padres de la niña de cinco años vivían a solo dos paradas de tranvía de la estación.

—Y yo que esperaba que mi pequeña ya estuviera en los Urales... —dijo su madre, suspirando—. Ayer recibí un telegrama de

una pariente de Nóvgorod en el que decía que todos los niños evacuados de Leningrado hacia esa región serían enviados en dirección a los Urales... Que allí estarían más protegidos.

—Es posible —dije.

—Es prácticamente seguro que Leningrado capitulará —me susurró al oído—. Es cuestión de semanas que los alemanes tomen la ciudad.

—¡Cállese! —le espeté, y di un portazo.

Denunciarla por lo dicho habría significado su sentencia de muerte.

A continuación, llevé a un chico de diez años a la isla Vasílievski. Fue un viaje en tranvía que duro más de una hora. Sus padres estaban en el trabajo. En casa solo había una tía que, para darme las gracias, quiso regalarme tres cucharas de plata. Las rechacé, cosa de la que más tarde me arrepentí mucho. Durante el sitio, habría podido cambiarlas por alimentos.

Me quedaban un chico y una chica, ambos en edad preescolar. Se llamaban Lyuba y Óleg Baránov, dos de los niños más dóciles y silenciosos del grupo. Su hermano mayor había enfermado de diarrea en el viaje al sovjós y se había ido en el tren de los criadores de cerdos.

Sus padres vivían en la parte petrogradense. El viaje desde la isla Vasílievski hasta allí me llevó de nuevo casi una hora, porque los tranvías ya no circulaban con regularidad. El matrimonio Baránov no estaba en casa.

—¿La Baránova? —me preguntó un vecino, y se rio—. Yo sé por qué lados andará esa fulana. Pero él, Baránov, sé dónde está. Hacia abajo y doblar a la Pionérskaya. Es el director de la tienda de electrodomésticos. Ahora todavía debe de estar ahí.

El tono de aquel hombre no era muy amable, pero al final de un día como aquel me pareció el bisbiseo de un amante. Cogí a los niños de las manos y me los llevé a la Pionérskaya úlitsa.

—¿Dónde trabaja tu padre? —pregunté a la niña.

Señaló un edificio situado en diagonal, en el lado opuesto de la calle. Las persianas metálicas de la tienda de electrodomésticos

se hallaban ya cerradas, pero por los resquicios vi la silueta de un hombre agachado detrás del mostrador. Al parecer, estaba poniendo orden o manejando la caja registradora. Golpeé varias veces. El hombre, con ánimo airado, gritó algo que no entendí. Golpeé más fuerte, y entonces los niños comenzaron a llamar a su padre. La sombra se deslizó hacia la entrada. Las persianas subieron como impulsadas por un mecanismo eléctrico, se abrió la puerta, y el hombre se acuclilló en el umbral y abrazó a sus hijos. Ya no recuerdo qué se dijeron, serían las palabras habituales que se dicen en momentos así. El cansancio me tenía embotada. Por fin, el padre se levantó. Me miró un momento. Luego, me esquivó con la mirada para, calmado y expectante en un principio, después cada vez más apresurado y ansioso, barrer con los ojos el espacio detrás de mí en busca de algo. Giró la cabeza y hasta se puso de puntillas. Yo sabía a quién buscaba.

—Pero ¿dónde está Alyosha? —me preguntó.

El primer año de la guerra se prestaba para circunloquios eufemísticos. Uno no tenía miramientos ni consigo mismo cuando se trataba de la muerte propia. Por tanto, con frases sucintas, expliqué a aquel hombre lo que había ocurrido en el viaje al sovjós. Extraje del bolsillo lateral de mi mochila el resguardo que me había expedido el presidente del koljós porcícola. La letra de Ovsov-Morósov bailaba ante mis ojos: «... asumimos la custodia de Alekséi Baránov, nacido el 3 de noviembre de 1929... por tiempo indefinido... así lo certifica el presidente del koljós criadero de cerdos Karl Liebknecht...».

Le tendí el papel. Lo recibió con gesto mecánico, lo leyó, y me miró perplejo. Tuve la impresión de que se le habían hundido las mejillas. De su boca borboteó un jadeo:

—Quiero que se me devuelva a mi hijo. —De repente, empezó a gritar—: ¡Quiero que se me devuelva a mi hijo! ¡No quiero un resguardo por mi hijo! ¿Qué hago con un resguardo?

¿Qué habría podido decirle? Tenía razón. Cuanto más traté de serenarlo, más furioso se puso. En su frente cuajaban perlas de sudor.

Por un instante, pensé que él también me pegaría. Los niños, interpuestos entre los dos, nos miraban atemorizados ya a mí, ya a su padre.

—¿Cómo voy a saber dónde está ahora ese koljós? ¿Qué personas son esos criadores de cerdos? Mi hijo tiene dotes de artista, quiere ser pianista y no criar marranos. ¿Podrá cuidar de él esa gente? ¿Cómo voy a localizar el dichoso koljós estando como estamos en guerra?

Finalmente, me di la vuelta y me marché.

—¡Os voy a denunciar a todos! —rugió Baránov a mis espaldas—. ¡Quiero que me devuelvan a mi hijo! ¿Quién me garantiza que no le pasará nada malo? ¿Cómo voy a saber si mi hijo está vivo siquiera?

Siempre que me encuentro mal, mal hasta el punto de pensar que no puede ser peor, me acuerdo de aquel día, de aquel momento en el que el padre desesperado, en vez de recibir a su hijo, recibió un resguardo.

Un mes después, los alemanes habían cerrado el cerco en torno a Leningrado. Según supe más tarde, durante los siguientes meses del hambre y de las bombas, los Baránov y sus dos hijos menores murieron, mientras que Alyosha sobrevivió a los años de la guerra a orillas del Volga.